

TEMAS ALDEANOS
EL INVIERNO EN LA VILLA



EL último mercado abundante de aquel año feo fué el de Todos los Santos. De todas las aldeas, por senderos zigzagüeantes, por caminos pínos y pedregosos, por carreteras blancas, entoldadas por viejos nogales que iban dorando y ofreciendo su bella vestidura, llegaron á la villa gentes endomingadas conduciendo en carretas escandalosas, sobre sus hombros resistentes, en la cuna de sus brazos rudos, el poquito trigo, la poquita cebada, la poquita borona, los garbanzos, la miel, las gallinas, los huevos, la manteca; todo en cantidades tan menudas, tan menudas, que la necesidad de su venta no parecía justificar viajes de horas y horas por lugares llenos de peligros.

Desde las primeras horas del día todo el ganado del País de Liébana se agrupaba en la Serna, aguardando á los compradores rumbosos que habian de venir, y vinieron, de Palencia, de Reinosa, de Cervera, de Torrelavega, de Santander...

La plaza estuvo llena durante el día de mujeres vendedoras cargadas de malicia, de señoritas regatonas, de «indianos», de aserradores, de aldeanos sencillos llenos de prevenciones contra la gente vanidosa y ufana de la villa.

Las fondas, las casas de comidas, las tabernas—don Joseíto, el Pasiego, Bruno—, tuvieron un gran día. Los comercios—Pantaleón, las de la Antonia, don Crispulo, Pepin el del Alcalde—estuvieron llenos de gente, y el buen administrador de Correos no cesó un instante de despachar certificados para las Américas, dirigidos á hombres de la tierra que allí luchaban por agenciarse un buen pasar con el cual volver á la aldea y hacerse una casa con «higiene», y poder pasar en la capital los meses de verano dedicados á la tarea de ver llegar y salir vapores, y

recordar entre sus compañeros las fatigas que cuesta el hacer «plata».

Otros años habian llegado los mercados hasta el mes de Diciembre; pero aquel... Como nunca, se adelantó la nieve cerrando los puertos; los caminos se cegaron como nunca los vieran los ancianos, y para San Andrés ya hacia días que la villa se hallaba como muerta en el cruce de los caminos, perdidos á toda huella y ruido humanos. ¡Horror del invierno abundante en nieve en la villa sin propia vida! Aquel año fueron cuatro meses de vida oscura y fría, en el abandono absoluto de los sencillos aldeanos. Estos, sobrios, bastándose á sí mismos, fueron acabando las pobres reservas allegadas con su trabajo: el poquito trigo, la poquita borona, los poquitos garbanzos... No así las gentes de la villa. La mayoría de ellos, pequeños comerciantes, pequeños industriales, pequeños explotadores de la candidez, bien rebozada en suspicacia, de los aldeanos, dependen tan inmediatamente de las gentes de las aldeas, que sufrieron con indecible resignación la larga tregua. Y hubo miserias ofrecidas y reservadas, y hubo tratos con usureros, y hasta dicen, y es de creer, que entregas de mozas por dineros á hombres sin escrúpulos y colmados de sensualidad.

¡Triste invierno duro en la villa pobre! La plaza del mercado, con sus soportales hondos, con su cobertizo liviano, con sus miradores encristalados, colmada de nieve blanca y dura, abierta al cielo gris y frío, penetrada, aventada por los vientos agrios, inhóspita, no guardaba alusión ninguna de los días de algazara y ventura. De cuando en cuando, dos, tres días en la semana, el ruido de un caballo de rápido y seguro andar—¡oh, los caballitos menudos que escalan con viveza y gracia la roca viva!—desper-

taba á las gentes, que se asomaban á los miradores, á las ventanas, á las puertas de los tenduchos. Era un aldeano de Avellanedo, de Aniezo, de Torices, de Pendes, de Dobres, que venia á la farmacia por precisa necesidad, y la casa de don Manuel, de don Justino, de don Estanislao—boticarios con botica abierta—, se conmovian por un momento. Y otra vez la calma terrible, la calma ciega y ahogadora.

«Para el Abril abrirá el tiempo», dicen los sabedores. Y por el Abril comienza el rebullicio que trae y ofrece la vida á la villa. Por este tiempo comienzan los mercados; empiezan á bajar aldeanos trayendo sus gallinas, su manteca, sus jamones curados; y es entonces cuando los comerciantes abren de par en par sus tiendas, y las modistas piden figurines á la ciudad, y los taberneros comienzan á echar agua al vino, pues saben de fijo que las gallinas, que los huevos, que la manteca, que los jamones, que el poquito trigo, habrán de ser trocados por las telas vistosas, por los refajos tentadores, por el vinillo parlador.

De estos inviernos, muchos en la villa. Pero llegan los días de sol y con ellos los mercados buenos, y la villa adquiere vida viva. Las mozas coquetas, que se ríen maliciosamente de las aldeanas por su rusticidad, libres del agobio invernal, comienzan á hallarle alegría y goce á la tarea dura del taller ó al laboreo por las tierras cercanas á la villa. Los hombres comienzan á ordenar su vida entre el trabajo escaso, las charlas largas y afectadas y el chalaneo con los pobrecitos aldeanos, á quienes desprecian por humildes y de los que viven en toda hora.

GABRIEL GARCÍA MAROTO

FOT. DEL MISMO